

V.
**LOS TRES
DIAS DE FIDEL
EN CARACAS**

Jamás pensé que los primeros veintiocho días del mes de enero de 1959 cambiaran por completo el rumbo de mi vida.

En la madrugada del cuatro de ese mes, una persistente llamada telefónica procedente de Caracas me sacó de la cama, en mi hogar de Maracay.

Era Aristides Bastidas, brillante y esforzado periodista de *El Nacional*. Aún sin desperezarme del todo, me leyó un cable transmitido por alguna agencia informativa que anunciaba mi designación como primer embajador de la Revolución Cubana ante el Gobierno de Venezuela. No di mucha importancia al suceso. Más bien aconsejé, dominado por la somnolencia no prestar atención.

Dos horas más tarde, Bastidas insistió de nuevo. Esta vez, para rogarme viajara a Caracas al amanecer para entrevistarse conmigo en las oficinas del periódico, ya que la noticia continuaba reiterándose por casi todas las agencias cablegráficas. Fue tal su persistencia que comencé a tomar en serio cuanto me decía.

Al arribar a Caracas, me dirigí primero a nuestra pequeña plantica de radio: un Indio Azul. Mediante los servicios de Francisco Calzado, un radio-aficionado de La Habana, logré comunicarme con los compañeros de la Sección Venezuela, llegados a Santiago de Cuba desde el día primero, pero ya de regreso en la capital de la República. Con el empleo de un lenguaje figurado y sin decirme las razones, reclamaron mi presencia en la Isla.

Luego de estas diligencias, visité a Bastidas. Más que visitarlo fuí a despedirme agradeciéndole profundamente el interés demostrado para con mi persona.

El 8 de enero de 1959, a pocas horas de concluir Fidel su famoso discurso en Ciudad Libertad, aterrizamos en el aeropuerto

internacional José Martí, dos de los cinco dirigentes nacionales del Movimiento 26 de Julio -Sección Venezuela- que habíamos permanecido en Caracas.

El aeropuerto era un holgorio. La prensa plana y radiada, la televisión y el cine entrevistaban a los emigrados y exiliados que iban llegando. En el último de los dieciocho vuelos que nos precedieron, vinimos con: Fabricio Ojeda, Hugo Montesinos Castillo, Juan José Díaz del Real, Salvador Wood, Amaury Pérez y muchos más que no recordamos.

Al frente del salón de recibimientos se hallaba el capitán Quintín Pino Machado, quien dejó oír por el audio para rogar a los recién llegados depositaran sus armas en el lugar señalado, las cuales les serían devueltas, antes de retornar a sus puntos de origen. Al escucharlo, Montesinos Castillo, comentó: "Debo entender que este es otro aporte a la Revolución Cubana, porque esta pistola no la volveré a ver jamás".

Los medios de comunicación masiva insistía para que compareciera entre ellos y relatar mis impresiones acerca de la designación de que fui objeto.

Me negué rotundamente.

Al día siguiente de estos trajines, los dirigentes nacionales del Movimiento 26 de Julio -Sección Venezuela- nos reunimos para conocer y felicitar personalmente al Jefe máximo de la Revolución. Quedamos impresionados y sorprendidos cuando Fidel identificó a cada uno por su nombre y apellido sin habernos visto nunca. Posteriormente supimos que él no concede entrevistas, por primera vez, sin una información previa, amplia y detallada, de los solicitantes.

Su Excelencia

En un breve aparte, me comunicó su proyectado viaje a Caracas. No fijó fecha, pero insistió en la urgencia de mi regreso. Por lo visto, me suponía en antecedentes de mi designación como Embajador ante el gobierno de Venezuela. Oficialmente, nada se me había comunicado.

La ocasión me pareció propicia para manifestarle que jamás me había desempeñado como diplomático... En el acto me interrumpió "Yo tampoco nunca he sido comandante".

En buen romance, aquello significaba: "¡Arréglatelas como puedas!"

Aspiro a recoger, en pocas líneas, lo que resultaron para mí las palabras de Fidel.

En esos primeros días, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba era un pandemonium. Sólo algunos funcionarios y empleados del régimen depuesto conocían de algunas facetas diplomáticas. Mostraban, aunque asustadizos y esquivos, el deseo de servir con prontitud y eficiencia. Todo les parecía poco para tratar de conservar el puesto. En ese medio, yo era un desconocido por mi prolongada residencia en Venezuela, pero me atendían con asombro, porque según se decía en los corrillos del ministerio yo había sido el primer embajador nombrado por la Revolución Cubana en el mundo. Designación que no obedecía a mérito extraordinario alguno, sino a que Venezuela fue el primer país visitado por Fidel. Apenas transcurridos quince días de su entrada triunfal en la Habana, ya el Jefe de la Revolución Cubana volaba con un superconstelación de la Línea Aeropostal Venezolana rumbo a la Patria del Libertador.

Aguijoneado por aquella expresión salomónica de "arréglatelas como puedas" me mudé al Ministerio de Relaciones Exteriores. Resultó muy difícil saber a quién dirigirme. Casi no conocía ni a los revolucionarios ni a los batisteros. Sólo me eran afines los emigrados y exiliados que habían compartido conmigo sus vidas en tierras venezolanas, y esos, en el sector de la diplomacia fueron escasos y con menos conocimiento que los míos. Los revolucionarios llamamos a esta etapa la "época de la barbarie".

A duras penas, pude ir comprendiendo los mecanismos para acreditarme como representante diplomático de la Revolución Cubana ante el Gobierno de Venezuela.

A todo el que consideraba con algunos conocimientos en la materia, lo asediaba a preguntas que me sacaran de la indigencia intelectual, que a ese respecto, yo padecía. Aprendí de memoria un

Manual diplomático que cayó en mis manos. ¡Hasta a Talleyrand lo puse en la mirilla!

No obstante, ser un ferviente bolivariano, pasé por alto las recomendaciones del Libertador, en su carta al general Tomás Heres:

En los asuntos diplomáticos daré a usted una buena máxima: calma, calma, calma; retardo, retardo, retardo; cumplimiento; palabras vagas; consultas; exámenes; retorsiones de argumentos y demandas ... divagaciones sobre la naturaleza de la cuestión y de los documentos ... y siempre mucha cachaza y mucho laconismo, para no dar prenda al contrario. Excútese con que es militar; con que no conoce la naturaleza de los negocios que le han encargado-verbalmente- Sobre todo téngase usted firme en los buenos principios y en la justicia.

De toda esa "buena máxima" lo que más se afianzó en mí fue el párrafo final: "firme en los buenos principios y en la justicia".

Los días iban transcurriendo y, en esa misma medida, mi actuar se aceleraba precipitadamente. Mi meta era la urgencia del regreso para el proyectado viaje de Fidel.

Proveerme de las copias de estilo y de las cartas credenciales fue una tarea superior a la del indio, y ni hablar de los esfuerzos para conseguir los gastos de instalación y los recursos para nuestra habilitación, tanto las mías como las de mi señora. No era la carencia de medios financieros el impedimento que imprimía lentitud a mis diligencias, sino la ausencia de funcionarios con poder de decisión.

¡Al fin!, en la madrugada del 18 de enero de 1959, subimos a bordo de un avión de la Delta Chicago que nos conduciría a Caracas para hacernos cargo de nuestra nueva y preocupante misión. Viajaba en compañía de mi esposa.

Durante el vuelo, nos dispensaron atención especial.

Al aterrizar, notamos que los pasajeros no abandonaban sus asientos, no obstante que la aeronave se hallaba con los motores detenidos y libre la puerta de acceso a la salida.

Nuestra sorpresa careció de límites cuando la aeromoza se paró frente a nosotros, y con un español bastante deficiente, dijo: "Excelencia, los pasajeros esperan por usted para abandonar la nave".

El tratamiento de "excelencia" me sacudió como una descarga eléctrica ¡Quedé erizado...! ¡Jamás soñé con tratamiento tan rimbombante...!

Hasta ese momento, no tomé clara conciencia del lío en que me había metido. La vorágine vivida me impidió reflexionar.

Mi supina ignorancia, en cuanto a normas protocolares, las fui superando en la misma medida que chocaba con ellas.

Al bajar a tierra, un enorme limousine negro, precedido por una escolta uniformada de gala y sendas motocicletas, esperaban por nosotros casi al pie de la escalerilla.

El doctor Manuel Angarita, jefe del ceremonial de la Cancillería venezolana, me dio la mano y pronunció algunas palabras de salutación, manifestando, al mismo tiempo, el agrado del Gobierno de Venezuela por mi designación.

No recuerdo la improvisada, sincera y emotiva respuesta que di al funcionario, pero estoy seguro que agradecí profundamente las expresiones escuchadas.

Al concluir este pequeño recibimiento, partimos raudos hacia Caracas.

Era tal mi ingenuidad, desconocimiento y asombro por lo que estaba viviendo que apenas instalado en el flamante limousine, pregunté por mi equipaje:

Despreocupé Embajador, el Protocolo se encarga de todo.

Conocía muy bien a Caracas, sin embargo, ahora, y desde la ventanilla del coche, en situación desacostumbrada, todo me pareció diferente.

Ya en lo alto de Colinas de Bello Monte, sede de la Embajada de Cuba, me sentí más aliviado. Frente a la entrada, reviví los sucesos de tan sólo diecisiete días atrás cuando emigrados y exiliados pretendimos tomarla por asalto, viéndonos frustrados por la policía metropolitana que con gases y tiros hubo de impedirnoslo. En la

balacera, perdió la vida la bella jovencita Lía Fagundo, simple espectadora. Según las autoridades, el rebote de una bala le ocasionó la muerte.

Al retornar a la realidad circundante, notamos que a la entrada de la sede diplomática nos esperaba el personal de servicio para darnos la bienvenida. Agradecí el recibimiento y me congratulé de que estuvieran a nuestras órdenes. Se hallaban presentes: Augusto Gavilanes, mayordomo y de nacionalidad ecuatoriana. Elvira y su esposo; ella cocinera; él, responsable de la limpieza, ambos españoles. Luis, el choffer, italiano, muy joven y vivaracho. Llegó a considerarse el amo del tránsito caraqueño, por ser el choffer del Embajador de Cuba. Poco le faltó para vestirse de verde olivo con el brazalete del Movimiento 26 de Julio y con una pistola al cinto.

Logró enmendarse algo cuando al violar una señal de tránsito y ser acusado por un Fiscal (nombre dado en Venezuela a los que tienen bajo su responsabilidad el cumplimiento de las regulaciones del tránsito) no lo defendí, ni intercedí por él, y, en consecuencia, le clavarón una multa que a regañadientes tuvo que pagar.

Al concluir las presentaciones, pasamos al interior de la Embajada. Según el ceremonial diplomático, el doctor Angarita y yo, debíamos brindar con champaña por el éxito de las relaciones entre Cuba y Venezuela.

Así se hizo.

A la mañana siguiente, 19 de enero, comenzamos nuestras respectivas tareas. Mi esposa, como voluntaria, a cargo de la administración, y yo, responsabilizado con el enorme cúmulo de trabajo político-organizativo que pendía sobre mi cabeza con la anunciada visita de Fidel.

Desde el primer momento dispuse el traslado a la sede de la Embajada de las tres dependencias que conformaban la misión de Cuba en Venezuela. Sólo así, tendría siempre a la mano, bajo mi vigilancia y control al consulado, la cancillería y nuestra residencia. El personal diplomático y consular era muy reducido: una agregada civil, Carmelina Villaverde; el cónsul, José Rodríguez Valdés y su hija como secretaria del mismo.

También ordenamos la elaboración de un registro de todos los cubanos que llegados a nuestras dependencias en solicitud de algún servicio llenaran, previamente, en la improvisada Oficina del Censo una planilla de inscripción con el aporte de toda la información requerida.

En la noche de ese mismo día 19, recibí la visita de doctor Héctor Cuenca, profesor universitario y Presidente del Colegio de Abogados del Distrito Federal y de Jesús Sanoja Hernández de la Federación de Centros Estudiantiles de Venezuela, organismo que, junto al Comité Sindical Unificado Nacional, cursaran la invitación al doctor Fidel Castro. La prensa de esa fecha anunciaba que la Junta de Gobierno se había asociado a la iniciativa y declarado Huésped de Honor al ilustre revolucionario cubano.

Fue aquí, en esta reunión, donde se me esclareció la razón por la que se invitó al doctor Fidel Castro Ruz, el mecanismo utilizado y la premura en el señalamiento del 23 de enero como día para su arribo. Faltaban sólo cuatro días para la fecha convenida. Aún no estaba acreditado ante el Gobierno de Venezuela y lo que tenía por delante era una retahíla de actividades a resolver perentoriamente con gran prudencia diplomática.

El Señor Presidente

Los invitadores actuaban apresuradamente a fin de que la presencia de Fidel se produjera antes de la toma de posesión de Rómulo Betancourt, apuntada para el 13 de febrero de 1959.

Los rumores oficiales y extraoficiales insinuaban que con posterioridad a esa fecha toda otra proposición al respecto podría ser considerada como no conveniente de inmediato.

Rómulo Betancourt jamás sintió entusiasmo alguno por el Movimiento 26 de Julio y mucho menos aún por su máximo dirigente. Recelaba de todos nosotros y Fidel le desagradaba hasta hormonalmente. ¡Ya teníamos algunos antecedentes! Cuando todavía estábamos en plena lucha revolucionaria se celebró en Nueva York un gran acto de masas en apoyo a los combatientes de la Sierra

Maestra. Rómulo debió ser uno de los oradores, pero se excusó, alegando que él sólo hablaría para todos los cubanos y no para una parte de ellos. ¡Claro!, si esa parte la integraran sus amigos del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), vale decir, los Prios, los Aurelianos, Los Tony Varona, etc. su participación en el acto no habría sido eludida.

El día 20 de enero de 1959 solicité y obtuve una entrevista con el doctor Edgard Sanabria, Presidente de la Junta Provisoria de Gobierno que regía los destinos de Venezuela.

Bastó un brevísimo intercambio para informarle semioficialmente (no estaba acreditado) del arribo a Caracas del líder de la Revolución Cubana y un grupo de sus famosos barbudos, verdaderos combatientes por la libertad.

Agradeció el informe y me solicitó que presentara credenciales ante él y no ante Rómulo Betancourt. No teníamos tiempo para hacerlo con antelación al viaje de Fidel. El actuar precipitado podría inducir a sospechas, por lo que se convino en señalar el 2 de febrero de 1959, a las cuatro y media de la tarde. Así ocurrió.

Durante los dos días que me quedaban, consagré mis esfuerzos a la búsqueda de Rómulo Betancourt a fin de notificarle, también semioficialmente, la próxima presencia en Caracas del Comandante en Jefe.

Era la segunda vez que me asignaban esa misión.

La primera, tuvo lugar en plena lucha revolucionaria cuando intenté, por orden de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio -Sección Venezuela-, localizarlo para reclamar su apoyo a la huelga general revolucionaria que se preparaba en Cuba. Seguramente conocía de antemano el revés que sufrirían los pretendidos huelguistas y en tal coyuntura prefirió no comprometerse.

En esta ocasión, tuve más suerte. Conté con la ayuda de Raúl Ramos Jiménez, de prosapia adeca (partidario de Acción democrática), diputado al Congreso Nacional, recia personalidad política con aspiraciones presidenciales, dirigente de mucho peso en el seno del

grupo A.R.S.¹ (primeros disidentes del romulismo) y quien me facilitó el santo y seña para hallar a Rómulo el 21 de enero a altas horas de la noche y en el hotel Maracay. El también participaría en la entrevista.

Por las respuestas del político que veinticuatro días más tarde se convertiría en Presidente Constitucional de Venezuela, pueden colegirse los planteamientos que yo le formulara:

- No puedo participar en el recibimiento al doctor Castro, porque su arribo coincide con mi obligación de estar en Puerto Cabello a fin de presenciar las maniobras navales que comenzarán a desarrollarse ese mismo día.

A otro de nuestro planteamientos, respondió:

- Pienso que podría firmarse un convenio entre los Gobiernos de Cuba y Venezuela para que las respectivas sedes diplomáticas pasen a ser propiedad de nuestros correspondientes Estados. Tenemos que acabar de darle "un palo a la lámpara".

Con "esté palo a la lámpara". Rómulo se refería metafóricamente a la urgencia de forzar a la recién creada Comisión contra el Enriquecimiento Ilícito de Venezuela para el aceleramiento de las expropiaciones y confiscaciones aún pendientes de ejecución.

La misma sede de la Embajada de Cuba en Caracas era la regia mansión del Ministro de la Defensa del general Marcos Pérez Jiménez.

Si este propósito no llegó a cuajar, ello se debió al incumplimiento por la parte cubana. El doctor José Nucet Sardi, embajador de Venezuela en la Habana, visitó conmigo numerosas residencias, e incluso seleccionó una en el lugar conocido por La Estrella, al finalizar la Quinta Avenida de Miramar. Nos acompañaba el capitán Pulgarón, funcionario del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados, que más bien parecía un San Pedro con aquel manojito

1. Alianza Revolucionaria Socialista.

de llaves que le permitía el acceso a los grandes palacetes, dejados por los batisteros en su violenta estampida.

Sin embargo, nada pudo concretarse. Téngase presente que vivíamos "la época de la barbarie"

Al apreciar que Ramos Jiménez me acompañaba, el Presidente, con uno de sus típicos arranques, me espetó:

- Raúl podría ser Embajador en Cuba... pero, no creo que esa designación satisfaga sus aspiraciones políticas actuales.

Con tamaña insinuación, procuraba indagar qué profundidad y alcance tenían las relaciones entre Ramos Jiménez y la Revolución Cubana. De esta manera, pulsaba también a ambos a fin de conocer los criterios que sustentábamos, a ese respecto. Si el diputado asentía, se lo quitaba de encima. En el supuesto contrario, lo incluiría en la lista de futuros opositores.

Ramos Jiménez respondió dibujando en su rostro un esbozo de sonrisa suspicaz y enigmática que podía ser interpretada de cualquier forma. A nosotros, aquel combate no nos incumbía. No teníamos que darnos por aludidos. Con las expresiones de ritual que se deben a un Presidente de República, pedimos permiso para retirarnos. ¡Habíamos cumplido nuestro objetivo! Ya casi amanecía... ¡Era urgente regresar a Caracas!

El 23 de Enero de 1959.

Desde horas tempranas, la autopista Caracas-La Guaira y todas las vías colaterales de acceso al centro de vuelo se encontraban congestionadas. La afluencia del público era de tal magnitud que pronto se colmaron todas las terrazas y espacios disponibles del viejo aeropuerto Simón Bolívar, en Maiquetía.

¡Una mancha humana se extendía para cubrirlo todo!

Me hundí en profundas reflexiones sobre aquel potencial de voluntades que espontánea y conscientemente convergían hacia un

mismo objetivo: rendir homenaje de admiración y respeto al héroe de la Sierra Maestra.

La torre de control me tornó a la realidad. Los amplificadores anunciaban que no era uno, sino tres, los aviones que volaban con destino a Venezuela.

Apenas repuesto de tal noticia, se me comunica otra, no menos desconcertante. Un compatriota, con euforia irresistible y sin permiso alguno, trepó por un asta de bandera hasta colocar en su tope la enseña nacional de Cuba.

Casi no salíamos de una sorpresa para caer en otra.

Para esa fecha, ya el Movimiento 26 de julio -Sección Venezuela- había retornado a la Patria a todos los exiliados y algunos emigrados. En total, los que reclamaron este derecho ascendían a mil doscientos.

La infantería de marina y la guardia nacional resultaron impotentes para contener la avalancha humana que se precipitó a la pista. De nada sirvieron los megáfonos y las llamadas al orden y a la cordura. Presentí un desastre de proporciones incalculables por el horripilante número de muertos y heridos que los tres aterrizajes podrían producir.

La gran habilidad y pericia de los pilotos salvó la situación.

El avión de Fidel, ya detenido, quedó inmerso en aquella marejada de simpatizantes.

¡Qué tarde tan hermosa y radiante!

La brisa del Caribe, beso azul que nos une a Venezuela, barría la temperatura algo sofocante de la hora meridiana.

El arribo del Jefe de la Revolución Cubana simbolizaba la victoria de nuestro pueblo.

¡Habíamos vencido!

¡Venezuela lo reconocía y demostraba!

Cálculos conservadores estimaron en más de cien mil las personas que concurrieron al recibimiento en el aeropuerto.

Horas más tarde, Fidel explicaría las razones de su viaje:

Primero, por un sentimiento de gratitud. Segundo, por un deber elemental de reciprocidad hacia todas las instituciones que tan generosamente nos invitaron a participar en el aniversario de este día glorioso del 23 de Enero.

Sentimientos de gratitud al pueblo venezolano por su constante y desinteresado apoyo moral y material.

No estoy seguro si pude llegar a la escalerilla del avión o si realmente me transportaron hasta ella....

Ya en el interior de la nave, saludé a Fidel y fui presentándole a los dirigentes políticos: Fabricio Ojeda, Jóvito Villalba, Eduardo Gallegos Mancera, Guillermo García Ponce, Gonzalo Barrios, Luis Beltrán Prieto Figueroa; a los estudiantiles: Jesús Carmona y Jesús Sanoja Hernández, y, al conocido dirigente sindical, José González Navarro.

El contralmirante W. Larrazábal se vio impedido de subir a bordo.

Luego de cambiar algunas palabras con los presentados, Fidel salió a la pequeña plataforma del avión, y antes de iniciar el descenso, saludó al pueblo con los brazos en alto y las manos entrecruzadas.

¡Un júbilo indescriptible contagiaba a todos!

¡Nunca antes, había escuchado ovación tan estruendosa!

Las consignas y los vivas a Venezuela, a Cuba y a Fidel atronaban el espacio.

Los independentistas puertorriqueños, los revolucionarios dominicanos, los nicaragüenses antisomocistas y los tiranizados haitianos del duvalerismo, exhibían sus pancartas y enarbolaban sendas banderas patrias en señal de regocijo y de esperanzas.

En un momento de confusión, Fidel y su escolta de barbudos desaparecieron engullidos por el pueblo. De buenas a primera me hallé solo y desconcertado.

A prudente distancia de aquella batahola, distinguí al Contralmirante y me coloqué a su lado.

Mis conjeturas y preocupaciones sin saber de Fidel, forzaron a Larrazábal a ordenar a uno de sus ayudantes se determinara de inmediato el recorrido y la localización del héroe de la Sierra Maestra. La información llegada al punto resultó completamente sorpresiva y perturbadora: el Jefe de la Revolución Cubana había subido a un camioncito de carga que pasaba vacío por el aeropuerto y ya viajaba rumbo a Caracas.

La escolta de motocicletas que precedían el cadillac negro de Larrazábal facilitaron el acceso a la autopista.

Mientras dábamos alcance a Fidel, interésé del Contralmirante que asumiera la Embajada de Venezuela en Cuba. Entre ambos, podríamos desarrollar perspectivamente un trabajo beneficioso para los dos países.

- Lo lamento mucho -respondió-, pero razones muy personales y mi designación ya, como Embajador en Chile, aunque todavía sin acreditarme, me impiden considerar esa posibilidad.

Si los funcionarios gubernamentales de Venezuela, civiles o militares de elevada graduación, me honraban y distinguían con el tratamiento de Embajador o Excelencia, sin corresponderme plenamente (al igual que Larrazábal, tampoco me había acreditado), era debido al respeto ganado por mis once años de residencia en el país, siempre como forjador de juventudes, tanto en el Liceo Agustín Codazzi como en la Escuela de Aviación Militar, más que al rango diplomático conferido.

Públicamente se aseguraba que jamás cometí inmoralidad alguna, ni apropiaciones indebidas de lo ajeno, ni deshonestidad como profesional de la docencia privada.

Tan pronto dimos alcance a Fidel, los barbudos, atestados sobre la cama del camioncito, nos alzaron en peso y abrieron una brecha entre ellos para que pudiéramos llegar hasta el Comandante en Jefe. Luego del abrazo a Larrazábal, los tres nos apoyamos en el techo del camioncito aunque sin mayor sujeción. Con cada curva o pequeña inclinación del pavimento, nos zarandéabamos de tal forma

que dudé si nuestro destartalado vehículo rendiría su viaje en Caracas o en la eternidad.

¡Qué espectáculo aquél!

El público, ubicado a ambos lados de la autopista y a lo largo de los treinta kilómetros del recorrido, vitoreaba a Venezuela, a Cuba y a Fidel.

¡Inolvidable acontecimiento histórico que me tocó vivir!

Las fotos aparecidas en la prensa no reflejaron la grandiosidad real de aquellas escenas.

Algunos creen todavía que nuestro arribo a Caracas revistió las solemnidades protocolares dispensadas a los jefes de Estado o de Gobierno: escolta de motocicletas, auto sin capota y con cristales de protección.

¡Qué fiasco habrán de llevarse cuando lean estas líneas!

Por encima del techo del camioncito sólo podrían verse los bustos de Fidel, Larrazábal, Celia y mío.

¡Increíble ..., pero cierto!

A poco, comencé a serenarme. Fidel y Larrazábal centraban su atención y movimientos en responder a los saludos y aclamaciones que les tributaba el pueblo. Mi idílica contemplación no duró mucho. Entre saludo y saludo, inició Fidel su acostumbrado interrogatorio. Unas veces, dirigiéndose a Larrazábal, a su izquierda; otras, a mi, a su derecha.

Mostró interés por escucharme, acerca de:

- La población total del país y su distribución rural y urbana.
- La extensión superficial de Venezuela y el por ciento de tierras cultivables.
- Los beneficios crediticios recibidos por la masa campesina en anteriores gobiernos.
- El total de sufragios alcanzados por cada uno de los partidos.
- La reacción de la prensa ante su casi inesperada visita.

La situación política del país en ese momento.

De vez en cuando se dirigía al Contralmirante. Como no podía escucharlo, ignoro si le formulaba las mismas preguntas u otras diferentes. Fidel es un pitcher infatigable. Rápidamente volvía al cajón de lanzamientos para repetir sus envíos al *home plate*, a fin de evaluar nuestra capacidad de bateo.

Mi objetivo era evitar un ponche. ¡Tan largos años de residencia en Venezuela me fueron de gran utilidad! Considero haber salido bastante bien de aquel *inning*, pero..., faltaban ocho más.

Y así..., intercambiando preguntas y respuestas, entramos en Caracas. Al paso de las más bellas y amplias avenidas de la capital, casi un millón de personas gritaban emocionadamente y lanzaban flores al líder de la Revolución Cubana.

A las 5:30 de la tarde, llegamos al restaurante El Pinar donde se ofreció un almuerzo en honor de tan distinguido huésped. ¡Qué alivio!

Antes de sentarnos a la mesa, Fidel estrecho las manos de los dirigentes políticos, presentes en el lugar.

Dio un abrazo a Gustavo Machado y bromeando le dijo: "Tú eres el único comunista millonario que yo conozco".

Ya en la mesa, Fidel quedó en medio del Ministro del Interior y el de Relaciones Exteriores. Mi asiento quedó al lado de este último. Sólo ganado por una mínima distancia del Comandante en Jefe, pude injerir algunos alimentos.

¡Llevaba más de doce horas en blanco!

Los ministros tampoco escaparon a un granizado de preguntas que iban desde los tipos y sabores de cada plato hasta la perspectiva de la política internacional a desarrollar por el nuevo gobierno.

Fidel aborda con gran dominio y sencillez las temáticas más complejas y variadas, ajustándolas siempre a los intereses de la Revolución, a la receptividad de los interlocutores y al tiempo y las circunstancias imperantes.

En esa oportunidad, le oí referirse a la elaboración y componentes de recetas culinarias, a las bondades de la gastronomía

cubana y a sus habilidades en la preparación de pastas italianas.

Ese mismo 23 de Enero de 1959, día de su arribo a Caracas, pero en horas de la noche, iba a celebrarse en El Silencio (plaza en el corazón de Caracas) el acto central por el primer aniversario de la caída de la dictadura pérezjimenista. Fidel sería el orador de orden, objetivo esencial de su presencia en Venezuela. Antes, debíamos cumplimentar una invitación al Palacio Blanco, sede del ejecutivo nacional, para ser recibidos por los Miembros de la Junta Provisional de Gobierno.

La guerra revolucionaria

El institucionalismo venezolano vivía entonces una lógica y continuada provisionalidad. En cumplimiento de la Constitución, el contralmirante Wolfgang Larrazábal, presidente de la Junta de Gobierno, se hallaba fuera del cargo para atender a los reclamos de su compañía electoral.

La nueva Junta, presidida por el único miembro civil de la anterior, doctor Edgard Sanabria, regiría los destinos del país hasta la celebración de los comicios y la toma de posesión en febrero del presidente electo.

El 6 de diciembre de 1958 hablaron las urnas y sufrió Larrazábal el gran revés político que puso fin a sus aspiraciones presidenciales. De modo que cuando Fidel llega a Caracas, ya Larrazábal no es Presidente de la Junta Provisional de Gobierno, pero..., sin embargo, goza en la capital de un impresionante respaldo popular, evidenciado masivamente, una vez más, en la noche de ese mismo día, durante el discurso de Fidel.

Acompañamos a Fidel, en su visita al Palacio Blanco, el comandante Luis Orlando Rodríguez y yo. Fuimos recibidos por todos los miembros militares de la Junta. La conversación giró en torno a tópicos castrenses: armas, dislocación de fuerzas, emboscadas, combates, disciplina, poder de fuego, etc. Ya casi respirábamos el olor a pólvora, las explosiones de las granadas, el silbido de los abusos de mortero... Los uniformados reflejaban en sus rostros la

sorpresa que les proporcionaba las descripciones del Comandante en Jefe, no obstante conocer muy bien que el relator no era como ellos un profesional de las armas.

El interés fundamental de los miembros de la Junta consistió en conocer cómo un puñado de guerrilleros pudo derrotar a un ejército profesional bien armado, entrenado, asesorado y financiado por los Estados Unidos, en apenas dos años. Lo sorprendente para ellos era la victoria militar. Poca importancia daban a los factores objetivos y subjetivos, los que sólo parecían tener validez a partir del triunfo revolucionario y no antes. Con los candentes problemas sociales que acogotan a los pueblos, ya hoy no se tienen los mismos criterios.

Los uniformados daban la sensación de tener programadas sus preguntas acordes con los intereses propios de su respectivas armas.

El coronel Pedro José Quevedo mostró avidez por la descripción del escenario de la guerra revolucionaria, y, en general, por la topografía de la Sierra Maestra.

Luego de la encalladura del Granma... y del revés sufrido en Alegría de Pío... -comenzó diciendo Fidel- sólo quedamos dieciocho compañeros dispersos que logramos reagruparnos en Las Cinco Palmas para iniciar el ascenso a la Sierra. Cumplíamos así, los dos primeros enunciados de mi profecía en tierra azteca:

"Si salgo, llego; si llego, entro; y si entro, triunfo".

La Cordillera se extiende -continuó- desde Cabo Cruz hasta la Bahía de Gantánamo. Tiene una longitud de 240 Kilómetros y un ancho que oscila entre 15 y 30 kilómetros. El Pico Turquino con su 1,994 metros de elevación sobre el nivel del mar es la mayor altura de la Sierra Maestra y del país. Las laderas de la Cordillera se hunden por el sur en el Mar Caribe y apenas dejan espacio para el tránsito vehicular, lo que nos brindaba una cierta protección por esa parte del teatro de operaciones.

En ese preciso instante, el capitán de navío, Miguel Rodríguez Olivares, también miembro de la Junta, no se explicaba la falta de apoyo de la marina de guerra.

Nada podía hacer -arguyó Fidel-, porque en ese tramo de costa sólo se aprecian de trecho en trecho, pequeñas ensenadas como las de Caletón Blanco, Juan González, Chivirico etc. ninguna de ellas con profundidad suficiente para embarcaciones de gran calado que facilitarían un desembarco substancial.

A pesar de estas favorables condiciones topográficas, no descuidábamos ese tramo de costa, porque no descartábamos que una fragata apoyara un desembarco, aunque no de grandes proporciones, pero sí lo suficientemente numeroso para obligarnos a dislocar efectivos que defendían otras posiciones más importantes.

Gran parte de 1957, la empleamos en conocer minuciosamente la Cordillera. Fue la etapa de las grandes caminatas, base de un riguroso entrenamiento, indispensable para el habitat serrano. También procurábamos la base social más conveniente para el apoyo logístico que debía procurarnos los recursos naturales y humanos de la región.

Estas explicaciones eran acompañadas con gestos y ademanes que esclarecían los hechos con singular objetividad. Realmente, estábamos presenciando la proyección de un documental cinematográfico.

Otro de los presentes, roto el hielo de los interrogadores que le antecedieron, se encontró menos comprometido a las limitaciones protocolares y abordó varios temas al mismo tiempo, tales como: la adquisición y tipos de armas, el apoyo logístico, la efectividad de la aviación y los medios empleados para las comunicaciones.

Fidel pareció no prestar mucha atención a estas últimas preguntas y continuó con la estructura del ejército rebelde, la disciplina, los mandos y las columnas, etc. Al referirse a esta última, precisa que el 10 de octubre de 1958, salió de la Comandancia General la columna No. 32, José Antonio Echeverría para organizar el IV Frente Simón Bolívar.

Cuando ya las preguntas del coronel Araque, parecían olvidadas.

Fidel retoma el tema y deja en claro lo mismo que una hora más tarde repetiría en la gran concentración popular de El Silencio:

Los eternos aliados de las dictaduras no se resignan a soportar el triunfo definitivo de un pueblo que sin más armas que las que supo arrebatarse al enemigo en cada combate, libró durante dos años una guerra cruenta contra un ejército numeroso y bien armado de tanques y cañones. Un ejército dotado de las armas más modernas. Y nuestro pueblo que nada de eso tenía, nuestro pueblo inerme, sin entrenamiento, sin tácticas de guerra pudo derrotar al ejército poderosamente armado de la dictadura que contaba con sesenta mil hombres.

Dejar esto bien esclarecido y quien sabe como suceso ejemplificante, parecería ser el *leit motiv* de su viaje a Venezuela.

La fuerza aérea de la tiranía causó pocas bajas al ejército rebelde, pero muchas a la población campesina.

Los famosos Seafury de fabricación inglesa y los B 26 norteamericanos, con bombas-cohetes colocadas en las alas, segaron muchas vidas civiles inocentes de todas las edades y sexos. Los T 33, aviones a chorro, comprados a Estados Unidos, fueron poco utilizados por la precipitada finalización de la guerra.

Algunas anécdotas salpicaron de gracias tan bélico coloquio.

Después de la batalla de Guisa que duró casi diez días (20 a 30 de noviembre de 1958), los rebeldes se encontraban festejando la proximidad de la victoria en la mansión campestre de un jerarca de la politiquería batistiana, de apellido Corona, cuando alguien comunicó la posibilidad de un bombardeo aéreo, asegurando incluso haber oído el trepidar de los motores de un avión de reconocimiento.

Como el lugar donde se encontraban se conocía con el nombre de Hoyo de Pipa, los guerrilleros quisieron hacer honor a ese apelativo y dispusieron con la mayor urgencia la apertura de hoyos que sirvieran de refugio. En un santiamén, una parte de la finca del jerarca quedó como un queso gruyère.

Con su prodigiosa memoria, recordó algunas de las armas empleadas por la tiranía, muchas de las cuales cayeron en manos del Ejército Rebelde. A duras penas puedo reproducir una relación de las mismas, a pesar de que no era más que orejas para escuchar:

Fusiles automáticos Jhonson calibre 30
Fusiles ametralladoras Thomson calibre 45
Fusiles Springfields
Fusiles M-1
Fusiles Garand
Rifles Remington calibre 44
Rifles Winchester calibre 44
Carabinas San Cristóbal calibre 30
Morteros de trinchera de 81 milímetros
Granadas ordinarias de 37 milímetros

En nuestras rudimentarias armerías, también se fabricaban armas domésticas como el fusil lanza granadas M 26.

En los primeros tiempos, las comunicaciones entre la Comandancia y las diferentes columnas resultaron muy difíciles, hasta que Celia Sánchez se las agenció para establecer un sistema telefónico que dentro del teatro de la Sierra resolvió los inconvenientes iniciales.

El 24 de febrero de 1958 salió al aire la emisora Radio Rebelde. Respondía al indicativo de 7 RR. El siete correspondía al número del mes. A través de ella, se recibían y transmitían noticias del y hacia el exterior.

Sacarse del corazón toda la gratitud de Cuba a Venezuela....

Al evacuar Fidel, las interrogantes surgidas, concluyó la visita a los militares que conformaban la Junta Provisional de Gobierno, pero el programa seguía su curso.

A las 8:00 p.m. comenzaba el acto político de mayor trascendencia durante su estadía en Caracas.

La noche nos envolvió con majestuosa serenidad. El Avila, vigilia permanente de los más impactantes acontecimientos históricos desde los tiempos del Libertador hasta esa fecha, protegía como enorme muralla de trópico el fervor patriótico y revolucionario del pueblo venezolano.

Caracas estaba de fiesta. Los cerros se despoblaban para concurrir a la gran concentración.

Fidel, acostumbrado a recepcionar el sentir de las multitudes, captó el hálito vital de aquel ambiente venezolano lleno de gloriosas tradiciones heroicas. Sus palabras evidenciarían cuánto debíamos a la Patria del Libertador y cuánto esfuerzo sería necesario para combatir los golpes de estado, sancionar a los culpables, defender la democracia, desenmascarar al imperialismo y luchar por la integración latinoamericana, referido y ejemplificado todo con el proceso revolucionario cubano que acababa de triunfar. No fue un discurso, sino una conversación extraordinaria que duró dos horas, un mensaje preñado de fe en la conciencia y empuje arrollador de los pueblos:

Hermanos venezolanos ... he sentido una emoción mayor al entrar a Caracas que la que experimenté al entrar a La Habana ... en cierto modo, era lógico que el pueblo de Cuba abriese los brazos para recibirnos ... Por el pueblo de Cuba habíamos estado luchando durante siete años...

Y, enfáticamente, continuó:

De Venezuela sólo hemos recibido favores. Nosotros en cambio, no le hemos dado nada ... Nos alentaron durante la lucha con su simpatía y su cariño. Hicieron llegar a Bolívar hasta la Sierra Maestra. Divulgaron por toda la América las transmisiones de Radio Rebelde. Nos abrieron las páginas de sus periódicos...

Tres "favores" reconocidos al mismo tiempo:

Con el primero, se refería a la campaña recaudatoria cuya consigna rezaba: **La Marcha del Bolívar hacia la Sierra Maestra.** Campaña que desató en toda Venezuela un apoyo financiero inusitado. El bolívar es la unidad monetaria del país, equivale a una peseta. En aquellos tiempos, con tres bolívares treinta y cinco céntimos se compraba un dólar.

Con el segundo, aludía a las emisoras: Radio Continente y Radio Rumbos, de Caracas; la Cadena Caracol de Colombia; la Voz de los Andes, en el Ecuador, y a las demás radiodifusoras que se unieron a la primera para integrar entre todas la Cadena de la

Libertad.

A la media hora de hablar Fidel o de propalar el Ejército Rebelde sus victoriosos partes de guerra, ya se escuchaban en casi todo el continente latinoamericano.

Con el tercero, nos remitía a los medios masivos de difusión, esencialmente, a la prensa plana para defender los esfuerzos revolucionarios mediante substanciosos artículos de fondo, y, por el apoyo propagandístico que siempre brindaron.

El Padre de la Patria, ochenta y ocho años atrás, había recibido otro "favor" venezolano cuyo reconocimiento transcribimos de inmediato:

Ha llegado a esta felizmente ... la expedición venezolana, sin pérdida del menor objeto de los que fueron consignados. En ninguna circunstancia mejor que en la presente podía habernos auxiliado con esta remesa de armas y municiones...

Carlos Manuel de Céspedes.
Los Charcos, 17 de julio de 1871.

También el Apóstol reconoció el aporte venezolano a la emancipación de Cuba:

Cuando Céspedes y Agramonte, Venezuela mandó a Cuba héroes suyos a morir; y más hubiera mandado, y nos abrió sus casas, y empezó a armar su juventud -y si no nos dio más, no fue culpa de Venezuela ... Cumple aquí como hermanos, sacarse del corazón toda la gratitud de Cuba a Venezuela.

José Martí.
Patria, Nueva York, 1o. de abril de 1893.

Otro "favor" tuvo lugar cuando el pueblo de Venezuela donó seis toneladas de armas a los heroicos combatientes de Sierra Maestra.

El Movimiento 26 de Julio -Sección Venezuela- fue determinante en los éxitos financieros de *La Marcha del Bolívar hacia la Sierra Maestra*, en el establecimiento de la Cadena de la Libertad, en el apoyo favorable que los medios masivos de difusión dieron a

nuestra propaganda, en la gestión donadora de las armas y en el envío de las mismas a la Sierra Maestra.

Conocedor como pocos de este devenir histórico y luego de expresar el profundo sentimiento de gratitud que debe a los invitadores, Fidel explica la más poderosa razón de su viaje:

Porque el pueblo de Cuba necesita ayuda del pueblo de Venezuela, en este momento difícil aunque glorioso de su historia. Necesita el respaldo moral del pueblo de Venezuela, porque nuestra patria está sufriendo hoy la campaña más criminal y cobarde desatada contra pueblo alguno que haya luchado tanto para conquistar su libertad...

Campana que, orquestada por el imperialismo norteamericano, no ha cejado un ápice en los treinta años transcurridos desde aquella fecha.

Un recuento de las injusticias cometidas contra el pueblo cubano justifican un proceso revolucionario, relacionando algunas de ellas:

... la justicia era para el pobre para el que robaba poco. Jamás un millonario fue a la cárcel ... la ley caía sobre aquel que no tenía dinero ... que no tenía padrinos ... El agente de la autoridad era el que protegía el juego ... facilitaba los negocios ... distribuía la droga ... El juego, el contrabando, la exigencia, esa era la historia de nuestra Patria durante cincuenta años...

Y, concluía:

...porque sin justicia no puede haber democracia...

Para combatir toda esta plaga de iniquidades, el pueblo de Cuba se lanzó a la lucha revolucionaria. Más antes, lo había hecho por su independencia:

Recordarán ustedes la historia de América -¡quien mejor que ustedes que hicieron la historia de América!- Todas las colonias se sublevaron contra la metrópoli ... y luchando heroicamente un puñado de pueblos valerosos, guiados por aquel conductor que fue Simón Bolívar lograron su independencia...

Bolívar no se olvidó de Cuba ... No pudo el Libertador unir aquella isla al racimo de pueblos que libertara y nosotros, en Cuba, seguimos un siglo más bajo el yugo colonial. Los Gobiernos se olvidaron de Cuba. Sola se quedó nuestra patria, librando durante treinta años la batalla de su independencia. Y Cuba hizo sola, lo que los otros pueblos realizaron en forma unidad. Cuando al fin logramos nuestra independencia, aparecieron en escena los Estados Unidos ... para libertarla ... pero cuando llegó la hora se quedaron allí dos años ... Todos los asesinos, todos los delatores se quedaron en la Isla. Los protegió el poder extranjero. No hubo, pues, justicia. Y así comenzamos mal nuestra caricatura de República.

Las maquinaciones del imperialismo norteamericano contra el triunfo revolucionario quedaron evidenciadas:

Se procura separar la opinión pública de Cuba del resto del Continente. Quitarnos los únicos amigos que habíamos tenido en la lucha. Pretenderán dividirnos luego, en el interior, para atacarnos después organizando una expedición de batisteros ... Cuba no necesita de congresistas que se levantan a protestar cuando ninguno de ellos se levantó para hacerlo durante los siete años de padecimientos y crímenes a que estuvimos sometidos. Muchas veces nos amenazan con intervenciones. Pero la época de las intervenciones se acabó en América.

En un arranque de profunda confraternidad, Fidel proclama:

Por eso, hermanos venezolanos, agradezco profundamente el homenaje, que se le tributa, no a un hombre, sino a un pueblo; no a un mérito, sino a una idea. Es el "favor" más emotivo y grande que en esta circunstancia pudo haber recibido nuestro pueblo.

Su pronóstico de hace treinta años ha continuado concretándose:

Esta América está despertando. Está en guardia para que no pueda ser engañada ... sometida de nuevo. Estos

pueblos de América saben que su fuerza interna está en la unión y su fuerza continental está también en la unión ... A eso he venido a traer un mensaje. Pero no un mensaje de casta o de grupo, sino un mensaje de pueblo a pueblo. A decirle que también puede contar con nuestra ayuda y nuestra solidaridad cuando la necesite.

En sus palabras finales, matizadas por el ideal bolivariano, deja en claro que la lucha por la integración continental debe seguir la concepción unionista del Libertador, obligación que corresponde a Venezuela.

Basta ya de levantarle estatuas a Bolívar sin cumplir sus ideas. ¡Lo que hay que hacer es cumplir sus ideas! ¿Hasta cuándo vamos a permanecer en letargo, fuerzas indefensas de un Continente a quien el Libertador concibió como algo más digno y grande? ¿Hasta cuándo vamos a estar divididos, víctimas de intereses poderosos? La consigna debe ser la unidad de las naciones ... Venezuela debe ser el país líder de la unidad de los pueblos de América, pues Bolívar es el Padre de la unión de los pueblos de América.

Con una ensordecedora y estruendosa ovación quedó clausurado aquel apoteósico acto.

Saludos, felicitaciones y breves conversatorios con gentes del pueblo y dirigentes políticos se desarrollaron al finalizar el acto. Nuestra permanencia en El Silencio se prolongó hasta altas horas de la madrugada.

La mondongada

Transitábamos por las grandes avenidas de Caracas, ya casi desiertas a esa hora de la madrugada. Fidel me reclamó dar algunas vueltas por la Ciudad. En el interín, comentaba sobre el acto de El Silencio con una frescura como si acabara de llegar a Venezuela. ¡Qué hombre! Daba la impresión de no agotarse jamás, mientras nosotros bordeábamos la autodestrucción física.

¡Qué alegría cuando el limousine y las motocicletas que nos precedían se enrumbaron por la avenida de Bello Monte, paralela al Guaire, río-cloaca de la ciudad! Desde la ventanilla del auto, Fidel lo escudriñaba todo. Inesperadamente, leyó el nombre de un pequeñísimo restaurante que ofertaba su plato especial: "Se vende mondongo de toro negro".

- Embajador, deténgamonos aquí.

La orden se cumplió en el acto. en pocos segundos entramos al lugar.

Solicitó del mesonero, que luego resultó ser el propietario, un plato del tal mondongo. Aquel condumio impresionaba a cualquiera. No sólo por los enormes menudos de panza, sino también por la pulgada de grasa que lo cubría todo. ¡Había que ver con qué deleite paladeaba Fidel tan succulenta comida! No pude acompañarle hasta el final so pena de un reventón. Al reclamar de nuevo la presencia del propietario me quedé atónito. ¿Volvería él a repetir aquella cena monstruosa? Pero..., ¡no! Muy afectuosamente, inició su consabido interrogatorio:

- ¿Qué diferencia hay -comenzó preguntando- entre este mondongo y el de otros toros que no sean negros?
- ¡Ninguna! -respondió el aludido sonriéndose- Mi oferta no es más que un gancho para atraer parroquianos.

El cuestionario al mesonero-propietario continuaba sin tregua:

- ¿Cuánto pagas por los menudos de panza que adquieres en cada compra y cuántas raciones obtienes de esos menudos?

¿Qué salario te correspondería si en vez de ser el dueño fueras el empleado?

¿Cuánto gastas en alquiler, luz, combustible para cocinar, agua, limpieza, impuestos fiscales, manteca y condimentos para sazonar?

Por este camino, Fidel conducía la conversación y mentalmente llevaba la contabilidad para determinar el costo de producción.

El pobre hombre no salía de su asombro. Cada respuesta desencadenaba en él un mar de enredos y un mundo de contradicciones. Los ojos parecían escapársele de las cuencas orbitales, tragaba en seco, sudaba copiosamente y pensamos que el rostro le iba a estallar. Llegó al paroxismo de su espanto cuando Fidel con tono suave, cariñoso y paternalista le aseguró que por cada plato vendido perdía una puya (moneda venezolana de más baja denominación, equivale a un centésimo de bolívar).

En conclusión: el hombre compraba muy caro y vendía perdiendo dinero.

Al despedirnos, fue con nosotros hasta la puerta. Allí se percató del limousine, las motocicletas de escolta y el resto del personal militar.

Todo asustado, me preguntó quién era aquel señor. ¡Fidel Castro! le respondí. Confuso, difuso y patidifuso, sólo alcanzó a preguntarme: Y, ¿cuántos restaurantes son de su propiedad?

Un frío ligero y agradable nos envolvió a todos. La niebla dificultaba la visibilidad.

Con el rabo del ojo, noté que Fidel reclinaba la cabeza sobre el pecho. En ese momento, cavilé para mis adentros:

- ¡Coño, me salvé, la mondongada lo tumbó. Nos vamos a dormir!

No pasaron de ser ilusiones fugaces. Jamás conocí un hombre que pasara de la somnolencia a la vigilia sin sobresalto alguno. Tranquilamente y sin alteración visible, me manifestó:

- Embajador, desayunaremos en el Hotel Humboldt, en lo más alto del cerro El Avila.

¡Qué suerte! Ya estábamos frente a la entrada de la Embajada! Y ahora a dormir sabroso... ¡Mañana sería otro día!

Homenajes al pueblo de Cuba

El 24 de enero fue otro día interminable. Cuatro violentas actividades nos esperaban con los brazos abiertos. Como ex Coordinador del Movimiento 26 de Julio para todos los estados de Venezuela, constantemente me llamaban del interior de la República para reclamarme la presencia del Comandante en Jefe. Para complacerlos, tendría Fidel que dividirse en pedazos o residenciarse en el país por un quinquenio.

Salté de la cama reconfortado y alegre, con el programa en la mano y la mejor disposición para cumplirlo eficientemente y con prontitud. Más que una Embajada aquello parecía un cuartel y una oficina administrativa. Paco Cabrera y Calixto García, jefes de la escolta del máximo Jefe de la Revolución, ayudaban en la ubicación y organización de los demás.

Apenas desayunados, iniciamos el itinerario con notable retraso. Lo primero, cumplimentar una recepción ofrecida por el Concejo Municipal de Caracas. En acto solemne, Fidel es declarado Huésped de Honor y se le entrega el correspondiente diploma. En el recinto del Concejo, existe un óleo que decora el salón. Reproduce el momento en que los diputados firman el acta de independencia. Entre ellos, Francisco Javier Yanes, ilustre camagüeyano que también rubricó el más importante documento histórico en la vida constitucional de Venezuela. Fidel, al clavar la vista en el cuadro manifiesta:

Imaginen aquel 5 de julio de 1811. Aquellos héroes se sintieron felices ese día, porque creyeron haber conquistado la libertad definitiva del pueblo. Y, sin embargo, ¡cuánto ha tenido que luchar Venezuela después de esa fecha! ¡Es que la historia de América se ha escrito con dolor, con sudor, con lágrimas y con sangre!

El acto concluye cuando Fidel y sus acompañantes firman el Libro del Concejo.

Una Comisión del Congreso nos espera para llevarnos ante el Parlamento.

Se dificulta el acceso al hemiciclo cameral. Diputados y senadores reciben a Fidel con nutridas y calurosas ovaciones.

El doctor Rafael Caldera, Presidente de la Cámara, declara abierta la sesión. El Secretario lee el único punto del orden del día, y de seguidas ocupa la tribuna el orador designado para el acto, doctor Domingo Alberto Rangel, joven legislador que cultiva una retórica nueva y diferente. Cierra su pieza oratoria con estas palabras:

Que los triunfos de Cuba no sean solamente de Cuba, y que los triunfos de Venezuela no sean solamente de Venezuela, sino de cubanos y venezolanos ... Construyamos el gran Continente ... para convertirnos en países definitivamente soberanos que tienen derecho a la luz, pero que también tienen derecho al pan.

Más de un minuto, demoraron los delirantes aplausos tributados al Diputado Rangel. La ovación arrecia cuando Fidel se pone de pie.

Fidel había solicitado al Presidente de la Cámara le excusara de hacer uso de la palabra, pero si ahora se decide a hacerlo es porque considera que no es a él a quien se le rinde el homenaje "sino al pueblo de Cuba, y porque quien lo hace es la representación del pueblo de Venezuela, que son los diputados y senadores..."

Poco después continúa:

Pero en esta Cámara, que es representación legítima del pueblo, puede hacerse una revolución tan profunda como la que se está haciendo en Cuba por otros procedimientos...

En ese preciso instante, alguien grita desde la "barra":

¡Aquí no ha habido una verdadera revolución...!

Fidel le interrumpe:

Pero puede haberla...

Y, apunta seguidamente la tarea que toca desempeñar al Congreso en un país democrático, propiciándole reformas y dotándolo de leyes verdaderamente revolucionarias.

Posteriormente, se extiende sobre los ideales de Bolívar y Martí:

Parece que a los hombres públicos de hoy nos diera vergüenza hablar de esos ideales, en momentos en que necesitamos más que nunca seguir el ejemplo de esos hombres que se sacrificaron por la libertad y la justicia.

Finalizó refiriéndose al necesario intercambio de todo género que debe estrechar ahora a los revolucionarios de Cuba y Venezuela:

Hay que unir más los vínculos entre cubanos y venezolanos. Vamos a mandarnos estudiantes, pero no cuatro o cinco, sino doscientos o quinientos. Vamos a hacer tratados de comercio. Suprimamos las visas entre Cuba y Venezuela.

Era el cuarto discurso que pronunciaba en menos de veinticuatro horas.

Entre los suyos

Llegamos a la Ciudad Universitaria con un marcado retraso de dos horas, o sea, a las 2:30 p.m. El Aula Magna estaba abarrotada. Desde bien temprano, los estudiantes y profesores ocuparon las mejores posiciones. ¡Hasta el suelo y los pasillos de acceso estaban colmados de jóvenes! Al ver aquello, Fidel vivió los mejores tiempos de sus luchas universitarias.

En su época, algunos de los cargos de dirección de la Federación de Estudiantes Universitarios (F.E.U.) de la Universidad de la Habana estaban en manos de la Juventud Socialista.

Como Fidel se graduó de bachiller en el Colegio de Belén, perteneciente a la Compañía de Jesús, los dirigentes de izquierda comentaban al escucharlo hablar, argumentar y persuadir, que había entrado en la universidad "Dios o el diablo", según se ubicara a la izquierda o a la derecha, respectivamente.

Desde que comenzó el primer año de la carrera de Derecho, se propuso luchar por el adcentamiento de la universidad, la eliminación del "bonche", grupito de gangsters que amedrentaba a profesores y alumnos.

Tan pronto se arranca el proceso eleccionario en la FEU para la selección de delegados por asignatura Fidel se dispone a participar en la lucha comicial. Un análisis de las materias de primer año en la Facultad de Derecho con mayores opciones para el triunfo, lo lleva a escoger Antropología Jurídica, porque es la única asignatura que tiene prácticas y, por tanto, donde cada alumno aparece registrado en una tarjeta. Fidel se las agencia para manipular el tarjetero y con esa memoria prodigiosa se aprende los nombres y apellidos de todos, recordando tan solo el rostro y generales de cada uno. Bien sabemos la grata impresión que produce entre los interlocutores ser llamados como si fueran conocidos. Salir Delegado a la FEU de Facultad por Antropología Jurídica, fue su primer cargo de dirección. Más tarde, llegó incluso a presidir la Facultad de Derecho.

El rector de la Universidad Central de Venezuela, doctor Francisco De Venanzi, científico de fuertes quilates, abierto ideológicamente y con gran prestigio profesoral, abrió la oratoria de esa tarde:

La Marcha del Bolívar hacia la Sierra Maestra se ha visto recompensada con creces con el apegamiento que estamos recibiendo de Cuba.

Se refería a que la presencia del líder de la Revolución Cubana contribuiría al estrechamiento de poderosos vínculos entre los dos países.

Con visión muy por encima del acontecer nacional, De Venanzi afirma que al siguiente día se constituiría el Comité Pro liberación de República Dominicana y que estaba seguro que el estudiantado universitario de Venezuela presentaría su concurso para iniciar "La Marcha del Bolívar hacia Santo Domingo".

Y, a renglón seguido acota:

Tenemos que aumentar la solidaridad continental para estar prestos a defender al país que la necesita.

Al finalizar su intervención, se produjo un momento emocionante del solemnísimos acto: la entrega al doctor Castro de la boina azul del estudiantado, boina que desde el 23 de enero se convirtiera

en símbolo de rebeldía y democracia. El Orfeón Universitario irrumpió de inmediato con el Himno de la Universidad y, concluido éste, el Director puso sobre la cabeza de Fidel, la boina azul que el Rector le entregara momentos antes.

A continuación, Pablo Neruda, el gran poeta chileno, recitó su Canto a Bolívar con apasionado sentimiento. Antes de terminar, Neruda sentenció:

Lo grande de la libertad es que siempre produce al hombre que se constituye en su mejor símbolo.

Una estruendosa salva de aplausos cerró su intervención.

El penúltimo orador, Jesús Sanoja Hernández, vicepresidente de la Federación de Centros Universitarios, defendió el derecho a sancionar a esbirros, tránsfugas y malversadores de la dictadura batistiana, ratificando que la:

Justicia revolucionaria es timbre de orgullo para el estudiantado venezolano.

Tan pronto se anuncia el turno de Fidel, los estudiantes aplauden, gritan, golpean rítmicamente el piso y agitan pañuelos blancos. Para ellos, va a hablar una de los suyos:

Compañeros universitarios, los quiero llamar compañeros, porque realmente me siento todavía universitario. Ningún sitio de Venezuela me ha sido más familiar que la universidad. Yo, que he sido estudiante, en ningún sitio me podía encontrar mejor que reunido con ustedes. Siempre han sido los estudiantes los más ardorosos defensores de la libertad.

Es aquí, donde por primera vez plantea la urgente necesidad de crear una agencia informativa al servicio de la democracia, para defender a los pueblos americanos en su lucha por la democracia y sirva además de contrapartida a las campañas confusionistas, encaprichadas en desfigurar la verdad.

Más adelante, retoma las palabras del Rector sobre la necesidad de luchar por Santo Domingo. A esos fines, exhorta a todos a una amplia recaudación monetaria. De inmediato, se quita la boina azul y colocándola sobre el podio en forma invertida, reclama una primera contribución. La boina se llena de billetes de cien bolívares.

La Habana. Ciudad Militar Enero 9-59

A los estudiantes y profesores Universitarios de Venezuela

En esta hora hermosa de la libertad los Cubanos nos abrazamos con los Venezolanos, ustedes hermanos, nuestra alegría cimienta por haber marchado a la vanguardia entre los países que nos ayudaron a conquistar la libertad.

Ahora que sabemos la mucho que costo ganarla, debemos estar unidos hacer nuestros mayores esfuerzos por mantenerla.

Hoy Venezuela y Cuba estrechan mas sus lazos, por la felicidad definitiva de nuestras tierras.

Libertad o Muerte

Camilo Cienfuegos

Carta de Camilo Cienfuegos.

Los primeros son los de W. Larrazábal y los de Francisco De Venanzi.

Una torrentera de aplausos y de vivas a Fidel dificultaban la continuación del discurso. Bastó, sin embargo, una señal de calma para que todo volviera la normalidad, y prosiguiera la intervención:

Ser revolucionario es mantener una postura revolucionaria en todos los órdenes ... Yo sé que con la libertad sólo no comen los pueblos ... No vamos a aristocratizarnos ni a burocratizarnos ... Ni nos van a comprar, ni a sobornar, ni a intimidar. Vamos a ser sencillamente incorruptibles.

Como adivinando los pensamientos de su interesado auditorio, dando muestras de conocer perfectamente el medio que le circundaba, exclamó solemnemente:

Más que las palabras, los hechos hablarán por nosotros.

Al terminarse el acto, principió el asedio a Fidel. Las preguntas y firmas de autógrafos prolongaron nuestra permanencia en la universidad. ¡Hasta el Rector intervino para salvarlo de aquel *mare magnum!*

En horas de la noche de ese sábado 24 de enero, se le tributó un homenaje al Jefe de la Revolución, en la Embajada de Cuba. Sería interminable relacionar las personalidades de la política, la cultura, el comercio, la industria, las finanzas, las Fuerzas Armadas, los profesionales, etc. que concurrieron a la recepción. Los salones de la Embajada y las terrazas aledañas estaban repletas. Apenas podía darse un paso.

Con estos cerros...

El hotel Humboldt se levanta en lo más empinado del cerro El Avila. Tiene forma cilíndrica. Desde allí se divisa gran parte de la ciudad. No hay lugar en la tierra más elevado por verla y, sin embargo, tampoco desde allí puede apreciarse el tamaño de la capital, construida siguiendo la garganta de los valles, Caracas jamás se muestra por completo, siempre alguna parte de la urbe queda

oculta, a la vuelta de cualquier recodo montañoso.

El teleférico que nos lleva al hotel no es el mismo que nos sube de la ciudad. En una estación intermedia se cambia de un funicular a otro más sencillo y de menor recorrido.

Ni siquiera a estas alturas, Fidel logra librarse de los periodistas. Al repasar el programa de ese día, lo primero es visitar el Colegio de Abogados.

Me impaciento, porque el desayuno transcurre con mucha calma, mientras Fidel responde a la prensa. Cuando se levanta, creo que nos vamos y que mis obligaciones con el programa van a ser cumplidas cabalmente. Los directivos del Colegio de Abogados podrán recibirlo a tiempo, y yo, vanagloriarme de la puntualidad. Estoy contentísimo con esas perspectivas. La mañana ha comenzado con los mejores augurios ... Pero ..., ¡qué va! ¡Todo se viene al suelo! porque una cosa piensa el borracho y otra, el bodeguero.

- Embajador -me dijo-, voy a darle un estironcito a las piernas.

El estironcito consistió en una caminata por los cerros como en los tiempos de la Sierra. Quiso además, comprobar con la realidad lo que tantas veces aseguró en sus intervenciones, y más antes cuando aproximándose a Venezuela, comentó con los pilotos de la Línea Aeropostal la imposibilidad de que en la Patria del Libertador pudiera gestarse un nuevo golpe militar, habida cuenta de aquellos impresionantes cerros que envuelven la capital y cuyas boscosidades y vericuetos son capaces de generar y proteger insofocables acciones guerrilleras.

Pensé seguirlo, pero después que dio las primeras zancadas comprendí mi imposibilidad. Incluso, el jefe de los escoltas me aconsejó esperarlos.

Fotógrafos, periodistas y algunos políticos, también se lo propusieron. A poco, regresaron jadeantes, sudorosos y destruidos. Luego de un montañazo de dos horas, Fidel retornó triunfante.

- Embajador, ahora si vamos para el Colegio de Abogados.

El recibimiento no se diferenció mucho de los anteriores con la única excepción de que todos eran profesionales del Derecho. Aplausos, palabras de saludo y luego de presentación. Ya en el

podio, Fidel, como abogado y jurista planteó la urgencia de reformar los códigos y las leyes de procedimientos. Profundizó en los conceptos de interpretaciones del derecho constitucional y, finalmente, recalcó cuál era la verdadera misión del letrado revolucionario.

Las horas de la tarde, de ese día 25, se consumieron en la celebración de algunas entrevistas importantes con mi presencia y en la propia Embajada de Cuba.

Los directivos de la Unión Patriótica Dominicana se interesaron por la liberación de Santo Domingo. Le distinguieron con un diploma de reconocimiento a sus méritos revolucionarios y le obsequiaron con una típica hamaca dominicana.

Los nicaragüenses antisomocistas solicitaron y obtuvieron un pequeño apoyo financiero para retornar a Managua.

Los hermanos Gustavo y Eduardo Machado, se preocuparon por el rumbo que tomaría la Revolución Cubana.

Jóvito Villalba y Fabricio Ojeda comentaron acerca de la actualidad política nacional y examinaron los inconvenientes que surgirían en las relaciones diplomáticas entre Cuba y Venezuela.

Con Carlos Andrés Pérez, la conversación giró en torno a la época del exilio de ambos.

Se remontaron a la heladería del Soda Palace de San José de Costa Rica, donde tantos planes y programas se fraguaron. Carlos Andrés Pérez comentó brevemente su aporte en el alijo de armas para la Sierra, en el avión que partió de la finca La Lindora, propiedad de Marcial Aguiluz, cerca de San José, y, de las recaudaciones que Antonio del Conde (el Cuate) le remitiera desde México para la plancada invasión aérea.

Fidel se quejó de que Figueres le mandara una ametralladora calibre 50 sin trípode y él le aclaró que había sido el americano Marshall y no Figueres. Luego de aquella conspiración de los recuerdos, Carlos Andrés Pérez obsequió a Fidel una enorme y bellísima hebilla de oro cochano con incrustaciones de los escudos de Cuba y Venezuela. Fidel agradeció el hermoso presente y muerto de risa lamentó no haberla recibido cuando se encontraba "hecho tierra"

como estudiante de la Universidad de La Habana.

Fidel y Rómulo

En horas de la noche, de ese mismo día 25, debíamos entrevistarnos con el recién electo Presidente Constitucional de Venezuela, pero previamente asistiríamos a un encuentro con el Comité Ejecutivo Nacional (CEN) de Acción Democrática.

Nos recibió la plana mayor de los adecos: Raúl Leoni, Gonzalo Barrios, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Raúl Ramos Jiménez, Domingo Alberto Rangel y otros.

El empeño esencial de los invitadores consistió en conocer la opinión del invitado sobre la posible ruptura del hilo constitucional por un cuartelazo y aunque no se mencionaba personalidad militar alguna con propósitos golpistas (en política la verdad es siempre la que no se dice), sí se hablaba con frecuencia del revés eleccionario que determinada fuerza acababa de sufrir.

Fidel disipó las dudas surgidas o por surgir al revelar como comportamiento del contralmirante la no interrupción bastarda de lo que el pueblo dejó en claro con el resultado de las urnas.

Al concluir tan importantísima reunión, nos dirigimos a la Quinta Maritmar residencia particular de Rómulo Betancourt. Con seguridad, primero que nosotros, llegó el informe de lo tratado en el CEN, por tanto, la tal temática debía obviarse, no era necesaria.

Nunca antes, había visto juntos tantos periodistas nacionales y extranjeros. La prensa plana y radiada, la televisión y el cine, lanzaron una torrenciosa de luz como para dejar ciego a cualquiera.

Segundos antes de entrar, Celia Sánchez me dijo al oído:

- El Presidente quiere una entrevista o un show.
- Busca difundir al mundo -le susurré- que él tampoco ha sido remiso a la presencia de Fidel.

Al contemplar esta exagerada publicidad, entendí por qué Rómulo cuatro días antes, en el hotel Maracay, me aseguró no poder recibir a Fidel, habida cuenta de sus obligaciones en Puerto Cabello,

y, sin embargo, ahora, como político inteligente y sagaz comprendió que se imponía un cambio de actitud so pena de quedar al margen de la gloria irradiada por el líder de la Revolución Cubana y de la admiración y respeto que le prodigaba el pueblo de Venezuela.

Tan pronto terminó el millón de fogonazos, Rómulo nos invitó a pasar a una terraza donde disfrutamos de una absoluta privacidad.

Apenas sentados Rómulo, Fidel y yo, apareció el comandante Calixto García y se plantó ante nosotros, luego de inspeccionar el jardín que bordeaba la terraza. Rómulo, que lo conocía desde los tiempos del exilio costarricense se abalanzó sobre él, dándole un fuerte abrazo en señal de estimación y afecto.

Transcurrido este episodio retornamos a nuestros respectivos asientos.

Rómulo tomó la iniciativa de la conversación. Traía en mente lo ocurrido en el mitin de El Silencio. Con estudiada indiferencia, sólo dejó traslucir que conocía el incidente.

Aquella noche, cuando Fidel aseguraba que ya en Venezuela no había espacio para los golpes de Estado, porque el país disponía de dirigentes militares como Wolfgang Larrazábal y dirigentes políticos como Rómulo Betancourt que impedirían tales intentos...

Al mencionar al Contralmirante, la ovación popular no tuvo límites, al citar a Rómulo, la rechifla caraqueña llegó hasta el aludido por medio de la televisión.

Fue la primera y única vez que Rómulo, siendo presidente, resultó abucheado en su propio país y ante un Huésped de Honor como Fidel Castro.

Rómulo jamás perdonaría al generador involuntario de ese desaguisado capitalino.

El contraste entre aplausos y pita colocó a Fidel en una situación difícil. Rápidamente salió al paso, proclamando: no he venido a Venezuela para que se exalte o difame a las más prestigiosas personalidades de la Nación, he venido a rendir tributo al Libertador Simón Bolívar y a su patria, Venezuela, que tanto hubo de apoyarnos durante nuestra lucha revolucionaria...



*Sentados: Rómulo Betancourt, Rómulo Gallegos y Ada Kouri.
De pie: Raúl Roa, Francisco Pividal, Laura Grana y Mario Kuchilán.*

El pueblo no le dejó continuar: los gritos de ¡Viva el Libertador! ¡Viva Bolívar! ¡Viva Venezuela! y ¡Viva Cuba! atronaron la atmósfera, saturándola de un profundo fervor patriótico.

El suceso de El Silencio bullía en mis recuerdos ... Volví a la realidad circundante cuando Fidel aclaraba que el abucheo provino de un pequeñísimo grupo...

Al tiempo de estas puntualizaciones, doña Carmen, esposa de Rómulo, se asomó a la terraza y solicitó permiso para interrumpir:

- Rómulo -dijo- te llaman de Washington.

Quién sabe si este llamado evidenciara, una vez más, las dos corrientes ideológicas y políticas que en la cuenca del Caribe habían tomado ya rumbos divergentes.

Al salir Rómulo, Fidel se puso de pie, me tomó por el hombro y recostados ambos a la pequeña baranda del jardín, sentenció:

- Embajador, aquí hay poco que hacer, ¡vamonos!

Me quedé hecho una pieza. Sólo acerté a comentarle:

- Fidel, tú te vas y yo me quedo. ¿Qué hago?

- Haz lo que te parezca, pero poco o nada vas a conseguir.

Al regreso de Rómulo, ocupamos de nuevo nuestros respectivos asientos. El Presidente asumió la iniciativa y comentó acerca del trato a los comunistas... Fidel interrumpió para reafirmarme que no los perseguiría, ni molestaría. Rómulo adoptó una posición similar, condicionada a que no le estorbaran, ni dificultaran su período presidencial.

Cuba, con su producción agropecuaria y Venezuela, con su producción energética, son países de economía más o menos complementaria, sin que hasta esa fecha tales consideraciones fueran tomadas en cuenta oficialmente. Cuba exportaba (ron, tabaco, azúcar y otros productos no significativos) escasamente dos millones de pesos e importaba (petróleo) por valor de cuarenta y cinco millones. La balanza de pagos nos resultaba totalmente desfavorable. Se habló de un tratado comercial que la equilibrara y de la conveniencia de extenderse recíprocamente los beneficios de nación más favorecida. Debía procurarse que todo intercambio se desarrollara sobre la base

de productos no tradicionales.

Dos o tres meses después, el desequilibrio de la balanza comenzó a disminuir: vendimos a Venezuela millones de huevos transportados en aviones, y nueve mil "vaquillas", esto último, más por el ruego directo de Carlos Andrés Pérez a Fidel, que por cualquier otro motivo.

Finalmente, Rómulo planteó la urgente necesidad de combatir a Trujillo, su enemigo acérrimo. A esos fines, él estaba en capacidad para brindar apoyo financiero.

Los sucesos posteriores no son objeto de este trabajo. Aquí sólo nos referimos a los ocurridos durante la permanencia y estadía de Fidel en Caracas.

Fidel y los Larrazábal

En casa de Rómulo, Fidel manifestó a los periodistas que se marchaba al día siguiente, ya que sólo le quedaba por visitar a una persona en el lugar, pero no les dijo ni el lugar ni la persona.

El 26, nos entrevistamos con la familia Larrazábal. Gente que vivía con mucha modestia y profesaba una acendrada fe religiosa. Prodigaron a Fidel toda clase de afectos y agasajos.

La historia de los Larrazábal era la historia moderna de la Marina de Guerra Venezolana y viceversa.

Carlos Larrazábal Ugueto, máxima autoridad de la Armada, se hallaba quebrantado de salud. Pasamos a verlo a su lecho de enfermo. Reclamó del Comandante en Jefe la suspensión de los fusilamientos, en Cuba.

Bastante avanzado el mediodía nos dirigimos a casa de Marcelino Madriz Guerrero, fuerte pilar del Movimiento 26 de Julio -Sección Venezuela-, de elevada posición económica, muy vinculado al contralmirante y quien nos había invitado a un almuerzo que por lo avanzado de la hora más parecía una cena.

Estaban presentes, los dirigentes de la Sección Venezuela y otro grupo de amigos de la Revolución: el capitán de fragata, Héctor

Abdelnour Musa, designado Ayudante de Fidel durante el tiempo que éste permaneció en Caracas; René Estevez, administrador de Radio Caracas Televisión y nuestro contacto consuetudinario con el Contralmirante.

Alegría y dolor

Tarde en la noche, marchamos al aeropuerto para tomar el avión que conduciría a Fidel de regreso a la Isla. Poco antes de finalizar la autopista por donde veníamos, las señales del tránsito indican la presencia de una bifurcación.

- Embajador -preguntó Fidel- qué nos queda a la izquierda y qué a la derecha.
- Si la primera, el aeropuerto; si la segunda, La Guaira.
- ¿Qué hay en La Guaira?
- El puerto de Caracas con una terminal de pasajeros, espigones de carga y descarga y una de las bases navales de la armada venezolana.
- Vamos hacia la derecha -concluyó Fidel-.

Nos detuvimos en uno de los espigones donde un crucero permanecía atracado. Bajarnos del auto, subir la escalerilla del buque y preguntar por el oficial de guardia, fue todo al mismo tiempo. Abajo, en el espigón quedaron: Celia Sánchez, Ernestina Otero y Laura, mi esposa.

Luego de los saludos, presentaciones de rigor y las excusas de Fidel por "molestar" en horas tan avanzadas, se estableció un agradable y franco conversatorio entre Fidel y el Oficial de Guardia. Por supuesto, llovieron las preguntas, acerca de la velocidad crucero, cantidad de combustible consumida por nudo (milla náutica por hora), armamento, alcance y porcentaje de eficacia de cada disparo de torpedo, alcance de los radares, lugar de construcción del buque y costo del mismo, años de vida útil, tripulación, oficialidad, operaciones navales, etc. El interés de ambos iba creciendo en la medida que se desarrollaba el diálogo.

Si en la noche anterior lo consideraron propietario de restaurantes, en la de hoy, pensé, lo catalogarán como lobo de mar.

En la madrugada del 27 de enero de 1959, Fidel se despidió de tan capacitado Oficial, y éste, sorprendido por el dominio que mostró de la temática abordada, hubo de susurrarme interrogadoramente si Fidel, que tanto debió aprender para coronar con éxito una gesta de tal magnitud, había cursado también estudios náuticos.

De La Guaira y Maiquetía no hay mucho que andar. Se transita por una amplia y hermosa avenida que corre paralela entre la costa caribeña y los enormes cerros de la cordillera.

Cuando llegamos al aeropuerto, los integrantes de la Delegación llevaban horas esperándonos. Ninguno de los tres aviones había despegado.

Fidel, con esa mirada, que más bien es un berbiquí que taladra al que se topa con ella para conocer las interioridades del ser humano, fue despidiéndose de cada uno de los que se quedaban. Luego, encaminó sus pasos hacia la escalerilla del avión. Iba eufórico por las atenciones recibidas y los éxitos obtenidos. Desde el último peldaño, dio un saludo general y de inmediato penetró en el interior de la aeronave. Apenas sentado, volteó la cabeza y recordó a sus oficiales y escoltas no olvidar las armas. La advertencia hizo que el comandante Paco Cabrera se lanzara precipitadamente en busca del otro avión en cuya cabina había dejado su metralleta. Con los brazos en alto y, enarbolando un pañuelo blanco, gesticulaba desesperadamente y pedía a gritos la detención del cuatrimotor de Cubana de Aviación que en ese preciso instante se movía hacia la pista con el clásico *taxi way*.

La niebla impedía una buena visibilidad y, seguramente, Paco Cabrera, creyó que la hélice estaba en bandera (así parece cuando se le ve de completo perfil) aproximándose a ella hasta ser despedido y destrozado. Cuando la noticia le fue notificada a Fidel, bajamos a la pista para observar aquella horripilante muerte. Fidel dispuso quiénes de los compañeros de Paco debían quedarse y me ordenó hacerme cargo del cadáver con instrucciones precisas de enviarlo a La Habana, en la mañana de ese mismo día. En todas las diligencias

me acompañaron Mario Carranza y Félix Duque.

Todavía recordamos las palabras de Fidel:

¡Qué horror...! Venezuela me ha dado las más grandes alegrías y ahora, como para que mi recuerdo perdure siempre, me quita a Paco. ¡Me cuesta trabajo creer en esta tragedia!

Esa madrugada se marchó el guerrillero. Treinta años después regresó el Estadista.